

CAPÍTULO X.

Las hendiduras y los arcos branquiales.—La cabeza humana y las cabezas de otros animales.—Reflexiones.—El hombre no desciende del mono.—Una digresión.

En la extremidad cefálica del embrión, se forma un repliegue, al encorbarse hacia el ombligo; las tres hojas del blastodermo hacen juntas este dobléz, y en este lugar es en donde ellas se han de modificar de una manera muy importante. En ciertos puntos se absorberá su substancia para que aparezcan unas hendiduras, que se llaman *hendiduras branquiales*, y entre tanto que se van marcando éstas, la hoja media del blastodermo se hipertrofia en los intervalos de las hendiduras, y por la forma que adquieren estos lugares hipertrofiados reciben el nombre de *arcos branquiales*, los cuales son en número de cinco; los cuatro inferiores designados por el nombre de faringéas, llegan á cerrar; pero la superior solo se cierra en su porción delantera, permaneciendo abiertos los extremos para ser en cada lado más tarde, el conducto auditivo externo, la caja del tímpano y la trompa de Eustaquio.

En el arco branquial superior se ha de formar la cara y por este motivo se llama facial. Arriba de este arco aparece una depresión en la que se marcará la boca y se formará la cara. Esa depresión está limitada por un botón ó *yema frontal*, que se subdivide en otras tres yemas, de las cuales, las externas se llaman *yemas nasales externas*. El arco facial constituye el maxilar inferior y en su porción mediana se eleva el labio inferior, compuesto de dos mitades que se reunen en la línea media; atrás del arco aparecen dos botones, que han de servir para formar la lengua. En cada lado de la parte posterior se eleva un botón que sirve para el desarrollo del maxilar superior. En su medianía, la yema frontal se divide para dar otras dos ye-

mas ó botones que se llaman *incisivos*; con el progreso del desarrollo, los botones maxilares se aproximan hasta juntarse con los botones incisivos para soldarse al último. De la cara profunda de las yemas maxilares superiores, parten láminas horizontales que juntas con los huesos incisivos han de formar el paladar, y entonces ya se distinguen perfectamente las cavidades bucal y olfativa, la cual se divide por medio de una lámina vertical, que desciende de la yema frontal.

En los primeros períodos del desarrollo, con muy ligeras diferencias, que para percibir las se requiere una grande atención, son muy semejantes las caras en los diversos animales. Conforme avanza el tiempo, se van marcando más y más los caracteres que distinguen el rostro del hombre de las caras de los demás animales, así como se marcan los contornos que en cada especie tienen las caras de los individuos que á ella pertenecen. Deber muy grande es del hombre de ciencia reconocer, para alabar el inmenso poder de Dios, que con los elementos albúmina, grasa y agua, que tanto se encuentran en el gérmen humano como en los óvulos de los otros animales, ha tenido bastante, para determinar combinaciones, que marquen diferencias tan características en los órganos de los diferentes animales, principalmente en la extremidad cefálica. Ningún hombre con sano entendimiento y con corazón agradecido, puede abstenerse de alabar á nuestro Creador, que con inmensa bondad ha impreso en la cabeza del hombre la hermosa marca que la caracteriza, sin que ninguna otra se le parezca. El soplo divino la ennobleció: el alma se manifiesta en el rostro de frente despejada, de facciones animadas por los movimientos que expresan el ejercicio de las excelentes facultades mentales que provienen del entendimiento, de la memoria y de la voluntad; los sentimientos y pasiones son expresados por contracciones de musculillos. El espíritu, que ilumina el rostro, mueve por medio del influjo nervioso la lengua en direcciones variadas y las contracciones de sus músculos propios, son tan bien medidas y calculadas, que sin tropiezo ni vacilación, en una fracción de tiempo incalculable, pasa cada contracción de la energía á la suavidad, ó si conviene, esa transición es lenta y medida, ó los movimientos se suceden con precipitación, el órgano, en suma, combinando sus expresados movimientos, con los de la boca y la gar-

ganta, articula las palabras que son modificadas, moduladas, por el concurso de actos de la laringe y de la faringe y por las modificaciones de la resonancia en las cavidades de la nariz. En fin, en la extremidad cefálica del hombre, se marcan todos los signos de la inteligencia y la razón, porque ahí se manifiesta el alma del hombre, que descende de Adán, formado á imagen y semejanza de Dios. ¿Por qué rechaza el impío sabio esta ascendencia? Con el fin de negar á Dios Creador, reverencia al mono como padre de la especie humana!

Por fortuna ese absurdo repugna á nuestra propia naturaleza, por el concepto que cada hombre tiene de su dignidad, comparándose con los irracionales. Gloriarse de ser hijo de Dios no es vanidad, si humildemente le adoramos y con todo amor agradecemos el beneficio que al nacer recibimos. Es pues, necesario, distinguir en el reino animal dos ramas principales: una, en la que solo se cuenta una y única especie, el *hombre*: la otra, que empezando por el mono se divide en numerosas especies, cuyos individuos todos son irracionales.

En la primera rama solo cabe la división en cuanto á las razas. El cruzamiento de hombres de diferentes razas, siempre dá por resultado *hombre*, y si por pecado repugnante y bestial, algunos miserables han tenido cópula con individuos del género mono, no ha producido el ayuntamiento fruto, ni siquiera híbrido. Como es sabido, con fundamento proveniente de observación sostenida desde hace siglos, afirman los naturalistas que es de necesidad que haya analogía entre individuos de dos especies diferentes, para que tenga lugar la concepción, si se ayuntan; entonces resulta vástago híbrido. El *onotauro* es fabuloso y ningún observador formal y concienzudo ha dado crédito á las vulgaridades, que sobre este asunto cuentan los rudos é ignorantes. Por tanto, es prueba de considerable fuerza, la esterilidad absoluta de la cópula bestial á que me he referido, para demostrar que es inadmisibile el error en que muchos impíos creen, como si fuera una verdad, de que una especie simiana ha mejorado por las modificaciones sucesivas que ha sufrido, determinadas por el tiempo y los medios, cuya eficacia ha sido tan poderosa, que por ella ha resultado el género humano! ¡Qué triste y terrible ha de ser para esos infelices que sostienen semejante doctrina caer en el abismo! Desearán entonces haber

sido positivamente monos, pues habiendo sido así, no habrían ofendido á su Creador con el repugnante crimen de tal ingratitud. Preferir tener un origen innoble á ser descendiente de la criatura, á quien Dios, Trino y Uno, formó y animó con su aliento divino! ¿Cuál será esa eternidad terriblemente dolorosa, después de la resurrección de la carne para esas cabezas, que habiendo sido hechas para alojar un espíritu, imagen y semejanza de Dios y heredero suyo, si no hubiere sido ingrato, renunciaron la herencia negando la paternidad de Adán? Sus ojos no verán á Dios; pero sí á Satanás burlándose de sus monos racionales; los oídos oirán los sarcasmos de los demonios que comentarán la insensata doctrina de Lamarck; la ira y la desesperación, mantendrán en contracción dolorosa las facciones, y la lengua, se azotara constantemente para pronunciar blasfemias en contra de Jesús, hermano del infeliz procaz que ha renegado de su abolengo!

En el estudio del desarrollo del embrión, al meditar profundamente en la causa primera que interviene en los actos y operaciones de este trabajo de la naturaleza, fijando mi atención en lo que acontece aunque oculto bajo el misterio, en el proceder de la naturaleza para darle el carácter distintivo á las cabezas de los diferentes animales, sin querer me vinieron al pensamiento una serie de digresiones, y comencé por considerar que Dios formó al primer hombre y ha criado y continúa criando á los demás. Le formó según lo refiere Moisés en el Génesis; continúa criando hombres, entendiéndose esto bajo el concepto de que en cada fecundación, desde la concepción hasta el fin del desarrollo, se observa un trabajo continuo de formación, precedido de un acto que al mismo tiempo que misterioso, es una maravilla sorprendente. Si Dios, en el principio tomó un poco de barro y formó al primer hombre y crió su alma, al incluirse el germen masculino en el femenino, solo el mismo Señor sabe lo que pasa entonces en esa vesiculita tan pequeña, el óvulo, y no obstante que este desconocido hecho acontece en una tan reducida extensión, es de tanta importancia, puesto que es el iniciador de un proceso de desarrollo de un organismo complicadísimo. Si Dios sabe lo que pasa en el imperceptible óvulo, es también cierto que allí está presidiendo como causa primera el acto determinante del magnífico proceso de evolución, allí se continúa la creación y prosigue día á día mien-

tras se van formando los órganos y aparatos del hombre en el seno materno. Todo se cumple tan bien, porque desde que fué voluntad de Dios crear al Universo, en el acto previó lo que era necesario para que una vez creado se conservara indefinidamente hasta que él quiera, siendo, pues, la conservación de lo creado efecto de la causa creadora. La Providencia divina es la distribuidora de los medios por los cuales subsiste el Universo. Pero no, por lo mismo que la materia subsiste desde hace millares de años, dicen los impíos que es eterna: como vemos que unos elementos colocados en condiciones y medio favorables forman un sér, esas condiciones y esos medios favorables son los que han formado, valiéndose de la materia eterna, los seres que existen, y que los mismos son eficaces en todas las épocas. Mas los que creemos que hay necesidad de sabiduría para que se produzcan cosas perfectas, decimos con el sublime Kempis: «Tus obras son perfectísimas, tus juicios verdaderos, y por tu providencia se rige el mundo.» Por eso, alabanza y gloria á tí, ¡oh sabiduría del Padre! Alábet y bendígate mi boca, mi alma y juntamente todo lo creado.»

Los que por huir de la verdad, los que no quieren tener religión, llegan á creer, ó aparentan creer, imposibles y absurdos, como son, entre otros, los que he dicho antes, y más por sugestión diabólica que por sentido íntimo, prefieren en su sistema aceptar una causalidad de las cosas imposibles ante la sabiduría omnipotente como causa primera de todo lo que existe. Nosotros, al confesar por nuestra creencia esta causa, no nos desentendemos de las causas que por disposición divina determinan efectos bajo el cumplimiento de las leyes que mantienen el orden de la naturaleza; así es, que en todo y por todo, el Universo subsiste por voluntad de Dios, que no quiere alterar el orden que rige al mismo Universo, y aunque misterioso é incomprensible lo que pasa en la concepción y desarrollo del hombre, presente Dios, hay causas que obedeciendo á leyes naturales, dan el resultado hombre. El fenómeno es complejo, admirable por maravilloso, y es maravilla siempre aunque se repite en todos los instantes desde el principio del mundo; pero hemos dicho, presente Dios, las causas son eficaces porque así es su voluntad, y por eso suceden tantas causas efectos de esa suprema voluntad creadora. Veamos entre tantas ésta. En la mayoría de las especies superiores

en los animales; pero con más fijeza en la especie humana, los individuos del sexo masculino están en relación de número con diferencias que no son de consideración con los individuos del sexo femenino; pero esto, si es digno de considerar, lo es mucho más, reflexionando sobre lo que pasa en el desarrollo del feto. Me refiero á lo que se observa en un grado poco avanzado del desarrollo de los animales. Sucede que los individuos tienen, tanto los que han de ser machos, como los que han de ser hembras, unos órganos sexuales primordiales idénticos en machos y en hembras; así es que en ese tiempo no se les encuentra diferencia para que se pueda anunciar de qué sexo es el individuo que se observa. Esto ve cualquier observador; pero lo que no sabe es, por qué más tarde, atrofiándose unos órganos, desarrollándose otros, se determina el sexo. Dios Nuestro Señor quiere, porque así conviene, que en cada caso se determine el sexo, y por eso en éste se forme la matriz, los ovarios, etc., y en aquel los testes, etc., y consta, para lo que se quiera contestar, que en uno y otro casos, el medio y demás influencias que rodean á cada uno de esos embriones, son iguales.